



—Vamos, Gadea, no puedes seguir torturándote.

Si, me llamo Gadea. Mis padres odian ser como los demás, y este es el resultado. Cuando era pequeña me cansaba tener que repetir mi nombre constantemente, porque nadie lo entendía a la primera, y aunque eso no ha cambiado, con los años he llegado a valorarlo. O quizá simplemente me he acostumbrado.

Pero centrémonos en lo importante. Estoy hecha polvo, y el motivo de mi tristeza es, una vez más, el mismo: vuelvo a estar soltera. Pablo rompió conmigo hace unos días porque según él no me implicaba lo suficiente en la relación.

—Gadea, ¿me estás escuchando?

Miro a Lucía como si acabase de percatarme de su presencia. Ella y Sara, mis dos mejores amigas, están ahora mismo en el pequeño salón de mi casa, intentando convencerme para que salga con ellas esta noche. Y, para ser sincera, me extraña que hayan logrado ponerse de acuerdo en algo porque, aunque las tres nos queremos con locura, son como el agua y el aceite, tanto físicamente como de carácter.

Lucía parece recién salida de una revista de moda. Melena rubia y perfectamente lisa hasta la cintura, rostro angelical, labios gruesos, ojazos azules enmarcados por largas pestañas y un cuerpo que hace que cualquiera de sus mil conjuntos le quede como hecho a medida. Sara, por su parte, es algo más baja que Lucía, pero con un cuerpo lleno de curvas. Cuerpo que, además, está coronado por una melena rizada negra como el carbón y cara de estar pensando siempre en alguna travesura, en la que destacan dos ojos verdes.

Sobre su carácter, son exactamente lo que aparentan. Lucía es dulce, paciente y buena hasta rozar lo absurdo. Y Sara... bueno, Sara es un terremoto. Una de esas personas que piensan que las normas están para romperlas, y cada vez que empieza una frase con “se me ha ocurrido que...” Lucía y yo nos echamos a temblar.

—Gadea... ¡Gadea!

—Déjala, no nos está haciendo ni caso —dice Sara mientras se levanta del sofá.

—Os he oído perfectamente, pero ya os he dicho que no estoy de humor para salir. Y menos aún teniendo en cuenta las posibilidades que hay de encontrarme a Pablo.

— ¿Y qué vas a hacer, quedarte encerrada el resto de tu vida? —la paciencia no es uno de los puntos fuertes de Sara, y puedo ver cómo se cabrea por momentos—. Porque te recuerdo que no vivimos precisamente en una gran ciudad, así que tienes las mismas probabilidades de encontrártelo de fiesta que en cualquier otro momento

—Sara tiene razón —Lucía intenta convencerme también—. Además, creía que no habíais acabado mal.

—No hemos acabado mal —suspiro—. Pero solo hace una semana que rompimos, y no me veo con fuerzas de verlo y tener

que asumir que la he vuelto a cagar, ¿vale? Pero no me vais a dejar en paz hasta que acceda, ¿verdad?

Ambas niegan con la cabeza, y cuando noto cómo una sonrisa comienza a aflorar sé que han ganado la batalla.

—Está bien, pero al menos dadme tiempo para que me duche y me arregle un poco y nos vemos a las diez donde siempre.

Un par de horas después, frente al armario, me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué ponerme, porque ni ellas me han dicho a dónde vamos ni a mí se me ha ocurrido preguntarlo. Así que cojo el móvil y abro el chat grupal.

Gadea: Chicas, no me habéis dicho a dónde vamos, así que no tengo ni idea de qué ponerme.

*Lucía: ¡Uy, se nos ha olvidado! Queremos ir a un local nuevo que han abierto por la zona de bares.*

*Gadea: ¿Y de qué estilo es? ¿Pub? ¿Discoteca?*

*Sara: Con unos vaqueros ajustados, tacones y un top vas perfecta.*

Decido hacerle caso y cinco minutos después estoy maquillándome. No me gusta ir demasiado pintada, pero tampoco dar la imagen de que acabo de salir de la cama. Después de examinar mi aspecto en el espejo de la entrada, miro el reloj y decido salir ya. La ventaja de vivir en una ciudad pequeña es que puedes ir a todas partes caminando y como mi piso no queda lejos de nuestro punto de encuentro habitual, en menos de diez minutos estoy sentada en un banco esperando a las chicas.

Por suerte llegan puntuales, algo bastante sorprendente en ellas, y nos encaminamos hacia el pub. No tardamos demasiado y una vez allí no puedo evitar fijarme en el cartel que hay sobre

la puerta, con el nombre del local y unos cuantos globos para celebrar la inauguración. No puedo evitar pensar en el nombre: “Sonder”. Quizá sea una palabra de otro idioma. Pero mis reflexiones pasan a segundo plano cuando Sara y Lucía me agarran cada una de un brazo y me arrastran dentro.

Como todavía es temprano, aunque ya hay gente disfrutando de sus bebidas, no tenemos demasiados problemas para encontrar una mesa en la que sentarnos. Una vez acomodadas, mientras Sara va a la barra a por la primera ronda de cervezas y, según sus propias palabras, “examinar la mercancía”, me tomo unos minutos para observar el local.

Es bastante grande, y está decorado con un estilo moderno pero minimalista. Al fondo está la barra, tras la que hay una puerta que imagino dará al almacén. Al lado de la barra están los baños, y entre estos y la puerta de entrada hay dos filas de mesas, casi todas ya ocupadas. A la derecha de la entrada hay otro grupo de mesas, donde nos hemos sentado, y entre nosotras y la barra un gran espacio libre que imagino que más tarde se llenará de gente bailando. Y es justo ahí, en ese preciso instante, cuando el mundo deja de girar por un segundo. Porque cuando vuelvo a mirar hacia la barra buscando a Sara me tropiezo con unos ojos fijos en mí, unos ojos oscuros que no veía desde hace más de seis años.

Cierro los míos rápidamente y aparto la mirada a toda prisa, maldiciendo interiormente por haberme dejado convencer para salir. ¿Tenía que pasarme a mí? ¿Tenía que ser hoy? Y lo peor de todo... ¿tenía que ser ÉL?

—Gadea, ¿estás bien? Tienes cara de haber visto un fantasma.

Abro los ojos y me encuentro con la mirada preocupada de Lucía sobre mí.

—Creo que lo he visto.

En ese momento vuelve Sara con las cervezas y prácticamente le arranco una de las manos para darle un buen trago.

—Por favor, chicas, mirad hacia la barra y decidme que no tengo tan mala suerte, que estoy sufriendo alucinaciones.

Ellas me miran con cara de no entender nada.

—Decidme que no es Lucas el que está detrás de esa barra —gimo.

—¡Oh, mierda! —Sara mira hacia allí con los ojos como platos.

—Es él, ¿verdad? —mi voz suena más a súplica que a pregunta.

—No solo es él, ¡es que viene hacia aquí!

No, por favor, no. Hoy no, él no... Mierda, mierda, mierda, mierda... ¡¡¡mierda!!!





No puedo creerme que Gadea, mi Gadea, esté aquí. “No” me regaño mentalmente “no es tu Gadea, ¿recuerdas?”

Me dirijo hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja, pero al llegar a su mesa me encuentro con una barrera infranqueable. Sus amigas se plantan frente a mi como un muro de hormigón, tras el que se parapeta. Y aunque la situación es absurda, decido fingir que no me doy cuenta de nada.

—Hola Gadea —utilizo el tono más amable y natural de mi repertorio.

—¡Largo, Lucas! —prácticamente ladra la morena. Ahora recuerdo su nombre: Sara. Parece que Gadea sigue teniendo las mismas amigas después de todo este tiempo. La rubia no dice nada, se limita a fulminarme con la mirada.

—¿Se puede saber qué os pasa? Venís a mi bar y recibo este trato sin saber por qué.

—¿Es tu bar? Es muy bonito —si no recuerdo mal la rubia se llama Lucía, y parece algo más pacífica, pero Sara carraspea y

vuelve a cuadrarse—. Da igual, eso no es excusa. ¡No te queremos cerca de Gadea!

—Mmmm, ya. ¿Y ella no tiene nada que decir? —miro a Gadea por encima de los hombros de sus amigas.

—Chicas, no pasa nada, dejadlo estar —Gadea suspira con resignación—. Hola, Lucas.

Consigo llegar hasta ella y darle dos besos a modo de saludo, pero los recibe rígida como un palo. No puedo evitar fruncir el ceño y observarla intentando adivinar qué pasa, ya que esa actitud no se parece en nada a la de la Gadea que recuerdo.

—¿Estás bien? ¿Por qué estás tan tensa?

—¿Qué quieres, Lucas? —pregunta evitando mirarme a los ojos.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? —pregunto empezando a preocuparme—. Después de tanto tiempo sin vernos, esta reacción no es la que esperaba.

—¿Y qué esperabas exactamente? ¿Una fiesta de bienvenida?

—Pues... no lo sé exactamente, pero desde luego esto no.

—Y, si no has cambiado desde la última vez que nos vimos, ahora estarás pensando que no entiendes nada, y que debo haberme vuelto loca, ¿verdad?

Debo reconocer que eso es exactamente lo que está pasando por mi cabeza en estos momentos, y creo que mi cara ha debido reflejarlo.

—Pues si no quieres entender qué me pasa —continúa ella— o peor aún, realmente no lo sabes, es tu maldito problema. Si hubiera sabido que me iba a tropezar contigo puedes estar seguro de que no habría venido a este bar ni a rastras. Y precisamente por eso, nos vamos. ¿Chicas?

Gadea se dirige a la puerta y sus dos amigas la siguen sin dudarle un segundo, dejando las cervezas casi intactas en la mesa.



Yo, por mi parte, me quedo clavado en el sitio, porque juro que no tengo ni idea de lo que acaba de pasar. Solo sé que he pasado de la euforia más absoluta al verla a... lo que sea que estoy sintiendo en estos momentos.

No sé cuánto rato llevo clavado en el mismo sitio, mirando hacia la puerta por la que ha desaparecido, pero de pronto noto un golpe en el hombro y Raúl aparece delante de mí.

—¿Qué, jefe, te han dado calabazas?

—No estoy para gilipolleces, Raúl —bufo, y tal como finalizo la frase me arrepiento—. Perdona... No es culpa tuya, es que... ¿sabes quién era esa?

—¿Cuál? ¿La rubia que parecía sacada de un anuncio de Victoria's Secret? ¿La morena que parecía sacada de un catálogo erótico? —pregunta intentando sacarme una sonrisa. Puede parecer un capullo con esos comentarios, pero de verdad que es buena gente.

—No, imbécil. La castaña. Era Gadea —digo tomando aire.

La cara de mi amigo cambia al instante, al evaluar rápidamente la situación y darse cuenta de que realmente no estoy para bromas.

—No me jodas... —dice, mirando también hacia la puerta—. Pues ya es mala suerte. ¿Sabías que seguía en esta ciudad?

Niego con la cabeza y no hace falta nada más, porque si alguien puede entender lo que estoy sintiendo, ese es Raúl. En cualquier caso, ahora no puedo regodearme en la autocompasión todo lo que me apetece. Es la inauguración de mi bar, y si quiero que salga bien más vale que esté concentrado. Así que encierro a Gadea en un rincón de mi mente, y decido que ya pensaré en todo este lío por la mañana.





Hace ya un rato que hemos salido del bar y sigo furiosa. Todavía no puedo creer que me haya dejado liar por estas dos para salir hoy, cuando no quería, y que encima me lo haya tenido que encontrar a él. A ÉL, joder. Tal es mi cabreo que Sara y Lucía llevan todo este tiempo siguiéndome en silencio, lo que me enfada aún más, así que sin previo aviso freno en seco y me giro para encararlas.

—¿Y bien? —me miran sorprendidas, y con cara de no entender a qué me refiero—. ¿No tenéis nada que decir sobre lo que ha pasado hace un rato?

Se miran y Lucía abre la boca para decir algo, pero debe pensárselo mejor, porque vuelve a cerrarla. Sara, viendo el panorama, decide tomar la iniciativa.

—No —me suelta a bocajarro—. ¿Qué quieres que te digamos? Es obvio que no sabíamos que el bar era suyo, de lo contrario no habríamos ido, y mucho menos te habríamos llevado. De hecho, ni siquiera sabíamos que había vuelto a la ciudad. Pero ha pasado y nos hemos encontrado con él. Y contra todo pronóstico, le has

plantado cara y nos hemos marchado dignamente. ¿No puedes dejarlo estar y pretender que no ha pasado?

—¡Oh, joder! —creo que debo haberme puesto más blanca que de costumbre, porque las dos me miran con cara de preocupación—. ¡No me había dado cuenta de eso!

—¿De qué? —La pobre Lucía no entiende nada.

—De que ha dicho que el bar es suyo, y eso significa que ha vuelto a vivir aquí. No tenía ya suficiente con intentar no cruzarme con Pablo como para tener que ir esquivando a otra persona...

Después de semejante epifanía no me quedan ganas de fiesta, ni de beber ni de nada, así que dejo a las chicas solas y me voy a casa. En cuanto llego me quito la ropa, me meto en la cama y cierro los ojos deseando que por la mañana todo esto haya resultado ser una pesadilla.

Por desgracia, cuando me despierto tengo claro que, en contra de mis deseos, todo lo que ocurrió anoche fue muy real, aunque es cierto que lo veo todo un poquito menos negro. Digamos que, a la luz del sol, mis problemas parecen de color gris oscuro. Pero eso es mejor que negro, ¿no?

Desayuno y me ducho mientras le doy vueltas a la cabeza e intento convencerme de que sí, vivo en una ciudad pequeña, pero... ¿realmente hay tantas probabilidades de volver a encontrármelo? Si hay gente a la que conozco que no me cruzo ni por accidente...

Así que cuando salgo de casa estoy de mucho mejor humor y bastante segura de que, si evito entrar en Sonder, no tengo por qué volver a verlo.

Pero la felicidad no dura demasiado. Cuando apenas me he alejado unos pocos metros de mi portal, oigo a un gato maullar

desesperado. Después de buscar por todas partes descubro el motivo de su desesperación: se encuentra atrapado dentro del motor de un coche. “Pobrecito” —pienso—. “Seguramente se metió ahí anoche buscando calor y ahora no puede salir”.

Doy un par de golpes en el capó, intentando asustarlo para que se mueva hacia la parte inferior y consiga salir, pero no parece funcionar. Mientras pienso qué más puedo hacer, miro a mi alrededor. Por desgracia, es domingo por la mañana, de manera que la calle está desierta y todos los comercios tienen la persiana echada. Finalmente decido que la única posibilidad es dejar una nota en el parabrisas, así que saco la libreta que siempre llevo en el bolso y garabateo un mensaje rápidamente, dejando mi teléfono y pidiéndole al dueño o dueña del coche que no lo arranque antes de comprobar el motor y que me avise cuando vaya a sacar al gato.

Pero las horas pasan, el dueño del coche no aparece y el pobre animal sigue atrapado. Lo sé porque he bajado a la calle varias veces para comprobarlo y empiezo a desesperarme. No sé cuántas horas lleva ahí dentro, pero como mínimo desde esta mañana, y no ha comido ni bebido nada en todo este tiempo. Finalmente, cuando estoy empezando a valorar si debería llamar a los bomberos o a la policía, suena el teléfono.